

Ecología del corazón¹

1. En el fragmento del evangelio de san Marcos que acabamos de escuchar², Jesús no solo corrige una deformación muy frecuente entre los escribas y fariseos de entonces, sino que nos propone una importante enseñanza a sus discípulos de todos los tiempos. Y es que de una forma o de otra, todas las personas tendemos a valorar más lo externo, lo visible y superficial, que lo interno, invisible y profundo.

Leía recientemente en la reseña a un libro de un antropólogo sudcoreano (Byung Chul Han) que la sociedad antigua valoraba el *ser*, la moderna el *tener* y la actual el mero *aparecer*. En el mundo de las redes sociales todos estamos un poco atados a la imagen.

Aquellos hombres vivían verdaderamente enganchados con las formas exteriores, lo cual no era malo en sí mismo. Pero el gran problema es que por esas cosas formales descuidaban lo importante: *la justicia, la misericordia y la fidelidad*³. El Señor lo puntualiza muy bien: *Escúchenme todos y entiéndanme. Nada que entre de fuera puede manchar al hombre; lo que sí lo mancha es lo que sale de dentro*. Lo que a Cristo le importa son las disposiciones íntimas del corazón. No *aparecer* como buenos, sino *serlo* de verdad.

2. Como ha destacado un gran predicador (Raniero Cantalamessa) no pensemos que esta distorsión es cosa del pasado. Se aprecia en nuestros días, a escala global, por ejemplo, en el tema de *la contaminación ambiental*. Todos estamos preocupados por la calidad del aire, de las aguas, de los bosques o los ríos. Nos inquieta el cambio climático o el agujero de ozono de la atmósfera y eso está muy bien. Ojalá que, con la ayuda de todos, se frene eficazmente esa amenaza a nuestra patria común, el planeta tierra.

Pero debiera de haber una preocupación todavía mayor por *la contaminación moral y espiritual* que se aprecia por todas partes. Si queremos ser coherentes, tenemos que empezar por afrontar los problemas que afectan gravemente el alma de las personas y las familias. Reaccionar ante las mentiras que circulan impunemente en los medios de comunicación o en tantos mensajes de las redes sociales; rechazar con firmeza las deformaciones sobre el sentido humano y cristiano de la sexualidad; trabajar por lograr un mayor respeto a la vida humana en sus diversas fases.

Si en estos ámbitos y en otros similares nuestra indignación no es equivalente a la de la contaminación ambiental, algo no está funcionando bien. Qué bueno, insisto, que actuemos en beneficio del planeta, pero antes y con más energía tendríamos que promover nuestra propia salud espiritual y la de nuestros seres queridos. Luchar con más determinación para desterrar de nuestras almas ese elenco de debilidades que nos ofrece el Evangelio de hoy (*malas intenciones, fornicaciones, robos, envidias, difamaciones...*) para alcanzar una auténtica *ecología del corazón*, un corazón noble y limpio, con mayor capacidad de amar y sufrir por los demás.

¹ Homilía domingo XXII del tiempo ordinario, ciclo B.

² Marcos 7, 1-8-14-15. 21-23.

³ Mateo 23, 24.

3. Un punto valdría la pena subrayar: *la difamación* y, más ampliamente, *la murmuración*. Sería un buen propósito que hoy intentáramos desterrar de nuestras conversaciones ese auténtico terrorismo social (Francisco) que es el hablar mal del prójimo. Por una arraigada deformación, tendemos a pensar que las cosas solo funcionan cuando se hacen a nuestro estilo. Y eso raramente es verdad. En una reflexión recogida en *Surco* escribía san Josemaría: ***Acostúmbrate a hablar cordialmente de todo y de todos; en particular, de cuantos trabajan en el servicio de Dios.***

Y cuando no sea posible, ¡calla!: también los comentarios bruscos o desenfadados pueden rayar en la murmuración o en la difamación.

Un poco de comprensión con el modo de ser y de proceder de los demás, no nos vendría mal. Teniendo presente lo que sabiamente establece un antiguo refrán castellano: *hombres sin pero no hay dos: hubo uno y era Dios*. Solo Jesucristo es perfecto. Nosotros estamos llenos de limitaciones y defectos. Si procuramos ser comprensivos e indulgentes con los demás, ellos lo irán siendo con nosotros. Y, lo más importante, cuando llegue el momento de acudir a su presencia, podremos aspirar a que el Señor nos trate benignamente. Lo ha dicho con toda claridad: *No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados (...) porque con la misma medida con que midan serán medidos*⁴.

No se trata de que no existan defectos entre las personas que tratamos. Se trata de que nos esforcemos en ver también sus cualidades y virtudes. Evitando que nos domine ese nefasta tendencia a ver solamente y, además con lupa, lo malo. Alguien ha dicho con simpatía: *cuando mis amigos son tuertos, yo procuro verlos de perfil*.

4. Que Nuestra Señora nos ayude a tener un corazón semejante al suyo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 2 de septiembre de 2108

⁴ *Lucas 6, 37-38.*